

«Como la eternidad, con sus mismos numerosos e inasibles materiales, Olga Orozco edifica, o reedifica, su universo l3rico, su espesa y multiforme experiencia de vida. La vida y la muerte se acompa±an, ninguna edad adelanta el paso sin la sombra de la otra. Se miran, se toca, se aman...». As3 comienza el ensayo que Jos3 Javier Villarreal le dedica a la ganadora del Premio Juan Rulfo 1998 en la compilaci3n de Jos3 Br3 titulada Acercamientos a Olga Orozco (Universidad de Guadalajara, 1998), con el cual la udeg celebraba a la argentina. Como si no bastara este volver a ella, a ese Museo salvaje que leg3 a sus lectores, veinte a±os m3s tarde aparece Diario de lo deshabitado (Universidad Aut3noma de Aguascalientes), libro con el que Patricia Ortiz Lozano se acerca a Los juegos peligrosos de Olga Orozco para recomenzar, no desde cero, a «Nombrar a la enemiga», «Nombrar al desterrado», «El humo y el olvido» y entablar una «Falsa conversaci3n con Olga Orozco sobre el fracaso del amor». Cuatro apartados y una advertencia al inicio:

La palabra ser3 daga
silencio y furia en el cuaderno.
Dir3 el dolor sin ocultarlo
para que se haga humo
y me abandone.

Pero «las palabras no sirven s3lo para comunicarnos con el otro, sino tambi3n para abolirlo. Una pasi3n ser3 tanto m3s en3rgica cuantas m3s resistencias tenga que vencer. Las pasiones secretas y las pasiones crueles son las m3s fuertes. Su otro nombre es destrucci3n», nos dice Octavio Paz en La llama doble (Seix Barral, 2001). Justamente el tratamiento discursivo del poemario de Patricia Ortiz apunta al aniquilamiento de esa sombra que En el rev3s del cielo de la Orozcopodr3a ser ella misma. Espejo al que la autora de Aguascalientes ha convocado en sus cuatro libros anteriores: Sitio sin sombra, Casa de lluvia, El otro mar y Memoria de la huida se hermanan, sin problema, con los que ya he citado de Olga Orozco. En esos t3tulos est3 impl3cita ya la b3squeda de la expiaci3n del gozo y de la culpa, cartas de la baraja que estaban muy presentes en muchas mujeres latinoamericanas en el siglo pasado.

He citado bastante a la poeta pampera, porque mucho la cita la autora que rese±o. Los elementos de vac3o y de aniquilaci3n con los que Patricia Ortiz encara el reto de desaparecer a su enemiga tienen m3ltiples tonos: «Te nombro y te destruyo», dice el 22 de julio. «No puedes exhalar una palabra», se±ala el 14 de agosto. «Yo soy la voz, yo digo la palabra...», consigna el 28 de septiembre. «No tienes rev3s», apunta el 5 de noviembre. «Que no haya nadie para levantar los restos», sentencia el 7 de noviembre. «Ahora estamos vac3os», declara el 9 de noviembre. El diario culmina el 10 de noviembre, luego de que los tres 3ltimos d3as se precipitan con rabia fulminante. Frases como Rel3mpagos de lo invisible (Orozco) que Patricia Ortiz coloca en una y otra cara del silencio. Siete espacios de anotaci3n que son, a fin de cuentas, una cifra cabal3stica, como las que gustaban a la alqu3mica.

La bit3cora del segundo apartado comienza: «La 3ltima noche (un d3a de junio)» y acaba con el a±o: «31 de diciembre». Quince poemas espaciados en temporalidad y cuyo tratamiento sensorial es inmediato: todos los sentidos est3n presentes «Y no es ojo por ojo / es una mirada infinita...» la que muestra esta casa deshabitada: cuerpo abierto, traves3a inacabada en la cual los amantes no tienen asidero. Los 3ltimos momentos de esta secci3n muestran la contundencia heredada de esa boca y ese mundo de Orozco que siempre est3n presentes en el diario. Y entonces, al leer «La sed se ha detenido / y el agua no eres t3» comprendemos que se despide al hombre, al desterrado, porque acab3 la guerra.

La tercera secci3n, como la del principio, tambi3n consigna siete d3as: «Sin fecha», 7, 10 y 13 de enero, 3 y 6 de febrero, y nuevamente «Sin fecha». En este espacio quiere habitar, con ecos de las secciones anteriores, la nueva voz, la otra, pero le falta el fuego. «El humo y el olvido» no resultan elementos de magia o desencanto. A cambio, se muestra la recapitulaci3n. Supongo que despu3s de abrir sus cartas, y de apostar en serio, a Patricia le falt3 oscuridad para enfrentarse a lo que ya no obtuvo de Olga Orozco y no nombr3 completo en el destierro. Ni el humo ni el olvido se quedan en las l3neas de la mano. Ni una piedra, como dijera Orozco en varias entrevistas; piedras como amuleto para escribir sus poemas. A Patricia no le faltaron piedras: le falt3 un coraz3n, aunque fuera en migajas, que guiara este trayecto. Un fragmento del poema de David Shaddock titulado «En este lugar donde algo est3 perdiendo vidas» nos da mejores pistas:

Quiero cortar este d3logo
con un Dios que no puedo asegurar que exista
e ir hacia esa luz.

Pero no puedo. Dentro de mi pecho
hay un pu±o que aprieta la oscuridad...

Al mencionar este poema en su ensayo «Afinidades electivas», incluido en Poes3a versal (Vaso Roto, 2017), Denise Levertov comenta que «La fe, para ser seria, ha de ir acompa±ada de la duda...». La magia que poseen muchos de los versos de Patricia Ortiz, y que la emparentan con la autora de Eclipses y fulgores, es precisamente que nos muestra sus grietas: las carencias de lo que estuvo firme, el paso de los a±os (o los d3as) en lo que era una casa antes de convertirla, a golpes de amor y desamor, en una ruina. El discurso de Patricia Ortiz Lozano, al contrario del extenso, pampero, inacabable discurso de Olga Orozco, se concentra en unas pocas l3neas. En esa contracci3n de sus

impulsos el latido es más brusco. Debiera ser incierto. Si algo se está perdiendo, el otro y una misma, cuántos golpes tan fuertes, no lo sé, deberían mostrar sus cicatrices. No olvidemos que hay humo en este diálogo porque, aunque el combustible es de Olga Orozco, Patricia Ortiz Lozano encendió el fuego.

Para habitar lo diario, ese lugar donde algo está perdiendo vidas, la oración hace un puente, pero es la peregrinación la que logra llegar al objetivo. Y no hablo de cuestiones religiosas. Patricia Ortiz lo acota en el epígrafe de Orozco que abre su «Falsa conversación...»: «El amor se cumple por sí solo y no necesita ninguna derivación ni en la palabra ni en la escritura. Todas las palabras y toda la escritura están dentro del amor». En realidad, no hay una conversación sino una larga carta en seis estadios. De nuevo, esa otra cara de lo que aquí se dice se conforma con varias negaciones y, qué bueno, incertidumbres. En ellas, sin embargo, reside la esperanza. Se llega hasta el Jardín (¿el Paraíso?) sin hombre alguno. Se conquista con piedras. Ha ganado la fe.

Cuando ya sin palabras nada puede nombrar, Patricia Ortiz Lozano abandona la voz de Olga Orozco y se queda poeta, desterrada, sola astilla en su cuerpo. Y sin poder decir, sin el poder que le dio la palabra, la siguiente enemiga por nombrar es ella misma. | Diario de lo deshabitado, de Patricia Ortiz Lozano. Universidad Autónoma de Aguascalientes, Aguascalientes, 2018.